Joy Miller / Richard



Forty years ago, I was living in Johannesburg, South Africa, thousands of miles from my family in the United States. Communication wasn't instant then. There were no quick phone calls, texts, or social media—only letters, written on paper and carried across the ocean, sometimes taking weeks to arrive.

One letter changed everything.

My mother wrote that my brother, Richard, had been diagnosed with cancer.

I sat frozen, rereading her words. I had always thought of Richard as invincible. He was two years older than me, full of life, always ready with a witty remark or mischievous grin.

A few months later, I returned to the States, determined to make up for lost time. I went to Greensboro, North Carolina, where Richard and his wife lived. When I saw him, my heart ached. He was thinner, his face tired, but he still joked and tried to make everything seem normal.

One evening at dinner, Richard mentioned a new and different pain in his back.

"Maybe you just need to see a chiropractor," I suggested, hoping for an easy explanation.

He shook his head. "No, it's different."

Then he said the words I never wanted to hear: "I may not make it through this."

I felt like the ground beneath me had disappeared.

Months later, I returned to North Carolina for our final visit; Richard was at Duke University Hospital. Walking into his room was something I will never forget. The big, strong brother I had known all my life was lying in that bed, frail and reduced to skin and bones. His face was pale, his eyes sunken. The cancer had taken so much from him.

We said our final goodbye.

Later, at the airport, as I waited for my flight back to Johannesburg, I sat staring out the window as planes came and went and passengers scurried about behind me. The world continued moving as usual, but inside, I was falling apart.

I knew I would not see my brother again. Two months later, just one year after his diagnosis, Richard was gone.

Losing my brother taught me something I will carry for the rest of my life:

Tell the people you love how much they mean to you. Don't wait for the perfect moment. Don't assume they already know. Say it. Show it. Be present.

Life can change in an instant. And when it does, we may not have another chance. In the end, what remains is the love we gave and the love we received.

https://artandbooksbyjoymiller.com/authors/

https://artandbooksbyjoymiller.com/unbreakable/

Joy Miller / Richard



Hace 40 años, vivía en Johannesburgo, Sudáfrica, a miles de millas de mi familia en Estados Unidos. En aquellos dias, la comunicación no era instantánea. No había llamadas telefónicas rápidas, mensajes de texto ni redes sociales; solo cartas, escritas en papel y transportadas a través del océano, que a veces tardaban semanas en llegar.

Una carta lo cambió todo.

Mi mamá me escribió para decirme que a mi hermano, Richard, le habían diagnosticado cáncer.

Me quedé paralizada, releyendo sus palabras. Siempre había pensado que Richard era invencible. Era dos años mayor que yo, estaba lleno de vida, siempre listo para soltar un comentario ingenioso o una sonrisa pícara.

Unos meses después, regresé a Estados Unidos, decidido a recuperar el tiempo perdido. Fui a Greensboro, Carolina del Norte, donde vivían Richard y su esposa. Cuando lo vi, se me partió el corazón. Estaba más delgado, con el rostro cansado, pero seguía bromeando e intentaba que todo pareciera normal.

Una noche, durante la cena, Richard mencionó un dolor nuevo y diferente en la espalda.

«Quizás solo necesites ir al quiropráctico», le sugerí, con la esperanza de que hubiera una explicación sencilla.

Él negó con la cabeza. «No, es algo diferente». Entonces dijo las palabras que nunca quise escuchar: «Quizás no pueda superar esto».

Sentí como si el suelo bajo mis pies se hubiera desvanecido.

Meses después, regresé a Carolina del Norte para nuestra última visita; Richard estaba en el hospital de la universidad de Duke. Al entrar a su habitación fue algo que nunca olvidaré. El hermano grande y fuerte que había conocido toda mi vida yacía en esa cama, frágil y muy reducido. Tenía el rostro pálido y los ojos hundidos. El cáncer le había quitado tanto.

Nos despedimos por última vez.

Más tarde, en el aeropuerto, mientras esperaba mi vuelo de regreso a Johannesburgo, me quedé sentada mirando por la ventana mientras los aviones iban y venían y los pasajeros se apresuraban a mi alrededor. El mundo seguía girando como de costumbre, pero por dentro, me estaba desmoronando. Sabía que no volvería a ver a mi hermano. Dos meses después, justo un año después de su diagnóstico, Richard falleció.

La pérdida de mi hermano me enseñó algo que llevaré conmigo por el resto de mi vida: «Diles a tus seres queridos lo mucho que significan para ti. No esperes al momento perfecto. No des por sentado que ya lo saben. Dilo. Demuéstralo. Esté presente. La vida puede cambiar en un instante. Y cuando eso pasa, tal vez no tengamos otra oportunidad. Al final, lo único que queda es el amor que dimos y el amor que recibimos».

https://artandbooksbyjoymiller.com/authors/

https://artandbooksbyjoymiller.com/unbreakable/